

ALGUNOS ASPECTOS CULTURALES DEL HABITANTE LIRIMEÑO: VIDA DOMÉSTICA, TRABAJO DE LA MUJER Y SITUACIÓN ESCOLAR

Lucy Ramírez C
Yerny González C.

Introducción

El presente artículo tiene como objetivo describir un sector de la realidad cultural de la cordillera del Norte de Chile.

Para una mejor comprensión del tema a tratar, señalaremos algunas características físicas generales importantes, en la medida en que otorgan a la vida de las comunidades cordilleranas, un sello distintivo y peculiar.

Pampa Lirima, es una región que forma parte de la Zona de Cultane, situada aproximadamente a unos 200 Kms. de Iquique, con una altura que fluctúa entre los 4.000 y 5.000 mts.

Uno de los problemas más serios que la afectan es el no contar con una red de caminos lo suficientemente habilitados como para permitir el normal traslado de vehículos y personas del lugar a los centros urbanos, lo que ha influido en el mantenimiento de tradiciones y tecnologías milenarias que de alguna manera se hacen presentes en la confección de sus vestimentas y ropa de cama, en la preparación de sus comidas, en el cuidado del ganado, y en otros múltiples aspectos.

Propiamente, la mujer al igual que el hombre calza ojotas la mayor parte del tiempo, salvo ocasiones especiales como viajes a centros urbanos en que adoptan el zapato por ser un elemento requerido por las necesidades funcionales de dichos centros. En períodos de intenso frío suelen acompañar a las ojotas unas “cañas” o calcetas tejidas a punto de color natural que les cubren hasta sobre la rodilla.

En lo que a ropa interior se refiere, por una parte usan cuadros confeccionados y adquiridos en la ciudad, y por otra prescinden de llevar sostén dado que esta prenda es considerada no bajo la mirada de cánones de belleza propias de la urbe, sin más bien su significado radica en un fin práctico como es el de simplificarle su rol de madres.

Pero lo más típico de su vestimenta está dado por el vestido o “aksu” que tiene la forma de un tubo el cual la mujer se sumerge para proceder enseguida a retroceder

a nivel de los hombros parte del género perteneciente a la cara posterior del traje y prenderlo con “tupus”, cucharillas de plata unidas por una cadena del mismo metal que hacen las veces de alfileres en cada uno de los hombros. Así, se da formación a sus anchas mangas por donde se introducen una variada gama de objetos (ovillos de lana, coca, dinero, etc.), de tal suerte que el espacio de la cintura para arriba que media entre el jersey muy grueso -impermeable- a la luz- ni parece a simple vista tejida a telar hasta no tocarla y examinar con mayor acuciosidad. En su autoconfección se observa un despliegue en cuanto a ingenio y buen gusto, esto significa que al no contar con telares de mayores dimensiones (60 cm., de ancho por 1.50 de largo) para la confección de un aksu requieren de dos paños que unen en el centro dejando sólo una abertura para la cabeza. En este aditamiento es donde ponen a prueba su agudeza al agotar en una gama de colores y motivos los bordados que superponen a esta costura. Como el aksu se lleva generalmente hasta los tobillos y dado el trajín a que son expuestos para evitar un deterioro demasiado prematuro es menester idear una forma de bordado similar a la del centro, pero que para este efecto consisten en un filete de variados colores alrededor de él.

Finalmente, se ciñe a la cintura mediante una faja cuya confección contempla la unión de varias fajas de aproximadamente 1 metro cada una que terminan en uno de sus extremos en flequillos, mientras que en el otro adquieren la forma de ojales por donde se introducen los flequillos de otra faja con el objeto de ligarlas.

Resulta de gran belleza el aksu con sus bordados, donde se entremezclan tonalidades que van desde verdes intensos a tenues, de azules a celestes, rosas pálidas a fucsias, etc. Las gradaciones así logradas obtienen su fuente inspirativa de la naturaleza. Si consideramos que el color del aksu en sí es oscuro (negro para las casadas y café oscuro para las solteras), no es muy difícil imaginar el efecto contrastante y admirable que ofrece a quien le observa.

Pero, esta usanza tradicional de vestir ha sufrido variaciones en estos últimos años, y es así como desde hace una década más o menos se ha venido en adoptar el pantalón por considerarlo una prenda necesaria y funcional a su sistema de vida. Esto significa que a la vez de protegerles del frío le otorga mayor agilidad a sus movimientos. Suelen llevarlo debajo de vestidos cortos confeccionados y comprados de segunda mano en la ciudad, única forma de serles accesibles dado su precario presupuesto. Dentro de la población femenina son muy pocas las que mantienen la tradición; paulatinamente se han ido modernizando y cambiando de hábitos de vestir, ya sea por estimarlo conveniente (racionalidad práctica) o por simple vanidad y como resultado de la influencia que sobre ellas ejerce la ciudad (efecto de imitación).

Completan su atuendo jerseys o chalecos tejidos por ellos mismos o adquiridos en la ciudad y “chales” -confeccionados de un tipo de tela análoga a la del aksu- que cubren sus espaldas hasta la cintura con llylla incluida o bien son llevados desplegados hasta la altura de los tobillos como paliativo a las heladas tardes que viven.

La “llylla”, este coche de guagua producto de la tecnología arcaica que portan a sus espaldas, constituye el complemento esencial de la mujer y madre lirimeña.

Sólo queda por agregar a esta característica la prenda con que cubren sus cabezas. Adopta, ora la forma de un gorro corto - cubre la cabeza y la frente - que es de autoconfección y en base a la lana de llamo en tonos naturales, ora la de un gorro largo que proceden a enrollar hasta la altura de las sienes para entonces recién colocarse el “sombbrero de paja” que evitará que el sol quemante malogre y oscurezca su tez.

En el quehacer cotidiano la mujer asume el rol preponderante, ya sea en la forma de un trabajo propiamente profesional (tejidos, hilados y pastoreo), ya sea en el de madre, o en su desempeño como ama de casa.

Entre las tareas de índole profesional, se cuenta la de salir al campo a “puntear el ganado”, esto es, una vez diseminado lograr concentrarlo nuevamente en un punto determinado. Conjuntamente con ello y para “aprovechar el viaje” cortan palitos de ramas secas que utilizarán en la preparación de las comidas del día. Además como siempre van premunidas de su huso - mientras cumplen su función de pastoras - hilan sin cesar.

En lo que se refiere a sus tareas propiamente domésticas que tienen lugar al interior de la casa, la más inmediata la constituye la preparación de la comida diaria. Para tal efecto, previamente se abastecen de leña y agua.

En días normales u ordinarios y antes de comenzar con los quehaceres cotidianos se ingiere el desayuno que consiste en una infusión de té o coca muy simple.

Alrededor de las 16 horas se sirve el almuerzo que es un plato de fideos con carne o sopa que se repite. Ya al atardecer tiene lugar las “onces-comidas” en que combinan los alimentos del desayuno del almuerzo. Todas las comidas son acompañadas de sopaipillas o maíz pelado o tostado los que con frecuencia reemplazan al pan el que solo extraordinariamente es horneado en el lugar; aún en esos casos es una masa seca y latiguda.

La instancia donde tienen lugar esas actividades es la cocina, habitación acogedora y familiar que se convierte así en la más importante de las construcciones que

conforman el tipo de casa lirimeña. Es en ella donde junto con tomar sus alimentos departen las alegrías y desgracias que dan matíz a su existencia.

Los implementos y utensilios: ollas, jarros enlozados, escasos platos, recipientes con agua, sacos de tejidos natural donde guardan provisiones, cajones de manzanas que una vez desocupados hacen las veces de despensa portátil, el combustible o leña necesaria para cocinar, circundan el fogón y se guardan en la parte superior y en nichos practicados en la parte inferior de un banquillo de greda maciza que se encuentra pegada a lo largo de la habitación. Esto obedece a un criterio racional práctico cuyo sentido se lo da el ahorro de tiempo y esfuerzo en la preparación de las comidas. Al lado del fogón se encuentra la mujer sentada a ras del suelo y, en derredor -sentados sobre bancas - camas laterales también de greda en las cuales duermen en las noches el resto de los comensales.

Cuando el fogón que es una especie de parrilla de fierro parapetada entre varias piedras se instala fuera de la cocina - a la intemperie - se los protege por medios de unas pircas dispuestas en ángulo recto.

Dentro de la atmósfera familiar de la cocina también tienen cabida los animales domésticos (perros, gatos, corderos huachos). Allí, junto al calorcillo que despide el fogón y echados a los pies de sus amos reciben los alimentos que éstos les lanzan de tanto en tanto.

La función culinaria se hace extensiva a la preparación de comidas a futuro que les permita contar con un stock de reserva en forma constante. Para ello charquean carne, tuestan, pelan y muelen maíz y quinoa. Para la última de esas actividades hacen uso de la piedra jona, piedra del lugar especialmente adaptada para tal efecto.

En días de carneo, su tarea es ardua, ya que ayudan al hombre a llevar a término dicho ritual. El animal sacrificado es aprovechado al máximo. Así, la grasa pura la conservan en "portuños" de greda o tarros y es sustituto del aceite; incluso los dedos tienen cabida en su dieta. Los huesos, por lo general, son guardados en los nichos de la cocina por meses o años para ser utilizados más tarde en la preparación de sustanciosas sopas. También las tripas - que cortadas en trocitos de 5 cms., y a las que previamente se les ha quitado su grasa-, se fríen dando lugar a un plato muy apetecido. La grasa restante se aprovecha en la forma de apetitosos "chicharrones" que suelen comerlos acompañados de maíz tostado.

La loza es lavada por cada uno de los comensales inmediatamente después de usarla y antes de volcar en ellas su contenido se les enjuaga nuevamente.

La preocupación que mantiene la mujer por los niños es contante y se expresa en el aseo personal que desde temprana edad (6 meses aproximadamente) adquiere plena vigencia. Cuando los bañan ponen especial cuidado en que el ambiente sea cálido y temperado. El lugar donde comúnmente realizan tal actividad es el río. Acequia o en los llamados "geysers" o baños de agua caliente naturales. Cuando las condiciones climáticas son adversas se limitan a lavarles en la orilla del río con fuentes de agua tibia. En días corrientes suelen lavarse cara, brazos y pies con jabón, con cierta frecuencia (1 vez por semana) lavan el cabello con *shampoo*.

En la intimidad de la familia es norma común vestir a los niños con simples y escasos atuendos.

No rige para ello el uso de zapatos, pantalones, ni prendas interiores. Pero no descartan las poleras y jerseys que preferentemente son de lana roja, como medio de defensa, pues comparten la creencia de que ellos, conjuntamente con hombres y mujeres jóvenes solteros están más expuestos al ataque de brujerías y maleficios.

Estos elementos pueden ser reemplazados por una ancha camisola de corte sencillo y manga larga que cubre su cuerpo hasta la altura de las rodillas. Complemento indispensable es el uso de un sombrero de paja que protege la piel de su rostro del ardiente sol.

Para el lavado de la ropa personal, las mujeres destinan los días domingos y utilizan para ello los mismos sitios empleados en la higiene íntima. Para el secado de las prendas proceden a tenerlas sobre hierbas.

Labores relativas a las mujeres que poseen el carácter de extraordinaria son: prestar amparo a los corderitos huachos y alimentarles, preparar comidas, con ocasión de festividades durante las cuales se reparten entre ellas la carga de trabajo, de tal forma que a una le corresponderá hornear el pan, a otra habilitar el fogón, etc.

Además de estas actividades ayuda a los hombres en la esquila y en el tratamiento de enfermedades de los animales (sarna). Ambos dedican gran parte de su tiempo al trabajo de tejido a telar en jornadas que varían de acuerdo a la estación del año, dado que para su realización aprovechan la luz natural. Se dedican por entero - en sus tardes libres - al teñido de la lana. En aquellos casos en que el tejido es en base a un torcido sumamente apretado, la prenda se tiñe cuando está semi-torcida, si bien el torcido es más bien suelto el teñido se efectúa una terminada ésta.

Una preocupación que atañe a ambos es otorgar a los hijos educación sistemática. Serio obstáculo para ingresar al colegio es la existencia de sólo un establecimiento educacional que se encuentra ubicado en Poroma. Quienes desean y tienen los medios económicos para asistir a él deben trasladarse hacia allá. Para ello, los

componentes de una estancia arriendan una casa o piezas en donde residen los niños atendidos por sus madres que una a una rotativamente asumen tal responsabilidad.

La utilidad que presta la escuela en las condiciones de la cordillera es sólo parcial, pese a lo cual los lugareños consideran un aporte a la comunidad el hecho de que sus hijos se enrolen en las filas de los educandos. Esto, que a primera vista parece un sin sentido, no lo es así se toma en cuenta que los intereses que persiguen responden a necesidades que surgen -fundamentalmente- de la relación que establecen con la ciudad. Por ello aspiran a conocer y a dominar la lectura, escritura y cálculo matemático. Dicha relación se hace notar también en lo que respecta al vestuario, la lengua, aseo y comida. En relación al primero de ellos el colegio hace patente la pérdida paulatina del *aksu* y el sombrero, elementos que el grupo familiar considera tradicionales. Incorpora el uso de zapatos para hombres y mujeres y de delantal para las últimas.

Por otra parte, se promueve el reemplazo del aymará por el castellano como medio de comunicación.

Además, se les insta al aseo personal y se les enseña a peinarse y por último, por medio de la alimentación escolar preparada colectivamente por las madres, se les familiariza con dietas diferentes a la habitual.

En cuanto al ejercicio de la hospitalidad que es también una actividad conjunta por cuanto atañe a toda la comunidad, podemos señalar algunas características.

Indudablemente, que debido al contacto continuo se establece entre los visitantes "paisanos" (parientes o conocidos de la zona), una relación más estrecha en comparación con la que puede surgir entre gente de la cordillera y algún habitante de la ciudad que esporádicamente se acerca a la comunidad. Sin embargo, se observan también diferencias de trato según sea el grado de acercamiento afectivo a la comunidad y el status económico-social que ostenten los individuos.

De acuerdo a esto, si la visita es pariente o conocido -obedeciendo a una norma tácita- va premunido de fiambre como aporte a la comunidad a la que llega. Se le atiende en la cocina en donde se le ofrece compartir la dieta normal.

El grado de confianza es más visible aún cuando están ausentes los dueños de casa. En tal caso -y como regla normal- el visitante espera la llegada de ellos en el exterior o en el interior de la morada y, hasta es posible y natural que en el intertanto se prepare una reconfortante taza de té.

Si la visita es mujer, el punto normal de reunión es la cocina, en donde proceden de inmediato al intercambio de noticias en torno al trabajo de pastoreo y la tropa de ganado.

Distinto es el caso -en comparación con los anteriores- de la visita que sobresale por poseer cierto nivel económico-social. En él, el trato es más semejante al que se confiere al hombre de la ciudad. Señales inequívocas son el hecho que se les prepara comida especial, que no se les atiende en la cocina y que -si es posible- se les habilite un “brasero” a carbón de espino para combatir el frío del atardecer y la noche.

Rasgo característico de los pobladores cordilleranos, es el poseer una entrenada visita producto de las peculiaridades de su actividad ganadera que los hace especialmente sensibles a la captación de detalles de la naturaleza. Dicho rasgo les es de gran utilidad para saber con anticipación de la llegada de personas y muy especialmente para las mujeres jóvenes que se encuentran solas y que al divisar el acercamiento de un extraño se esconden rápida y previsoriamente.

Al igual que con visitas de cierto status, la relación que se establece entre los forasteros y los lugareños es en el período inicial, de mucho respeto y reserva hacia el visitante. El trato hacia ellos es notoriamente deferente y se expresa en las mismas atenciones que se brindan a los lugareños de situación acomodada. Durante los días de permanencia se les asigna una pieza especial en donde se les sirven las comidas y designan un miembro de la comunidad que oficia de acompañante y guía para desenvolverse en distintas actividades (comidas, viajes, etc.).

Pese a las diferencias mencionadas las visitas -cualquiera sea la categoría a la que pertenezcan- tienen en común de transmitir encargos y noticias acerca de personas, ubicación y estado del ganado, condiciones climáticas, etc., detalles a los que atribuye fundamental importancia dado que la actividad central de las comunidades cordilleranas descansa sobre la ganadería, la que es efectuada en gran parte por el hombre. Pero para realizar dicha actividad necesita de un atuendo especial. Así, cuando se dirige al campo lo hace con el “Quipe” porta-equipaje que transporta terciado sobre su pecho y que forma anudando las puntas contrarias de una tela en la que guarda comida seca o fiambres y otros útiles que pudiera necesitar. Le es también indispensable la *mismiña* o *huso*, pues en todo lugar hila incansablemente.

En días ordinarios calza “ojotas” o sandalias que tradicionalmente han sido autoconfeccionadas de cuero de llamo. Sin embargo, en la actualidad es también común que sean adquiridas en Bolivia en donde se han industrializado fabricando su plataforma de caucho de neumático en desuso. Lo que ha permanecido inalterable

ha sido su forma y objetivo: proteger los pies de las asperezas del terreno. Sólo en ocasiones especiales es reemplazada por el uso de zapatos.

Cuando el clima lo exige agregan las “cañas”, gruesas medias que van puestas por sobre el pantalón. Elemento -éste último- que puede ser hecho con lana del lugar, pero que debido a su alto costo generalmente proviene de la ciudad.

Es de uso diario, por ello se hace necesario más de un zurcido, actividad que realiza la mujer y en la que pone gran esmero. El género que va a hacer las veces de “parche” tiene siempre la forma de un cuadrado en cuyo centro queda lo estropeado. Se pone por dentro del pantalón cosiéndole a lo largo de sus bordes. Para asegurar la firmeza de la costura y evitar la introducción de bichos y basuras en el hueco que media entre el parche interno y la rotura propiamente tal, cose nuevamente el parche, pero esta vez siguiendo la forma de la parte que desea reforzar.

La ropa interior del hombre está compuesta por gruesos calzoncillos largos como manera de luchar contra el frío.

La camisa, prenda adquirida, es de tela común. Generalmente va metida dentro del pantalón, el que se sujeta a la cintura mediante un cordel común.

Continuamente el hombre debe realizar trabajos que demandan gran esfuerzo físico, por ello es que resguardan su cintura contra posibles desgarros ciñendo a ella una larga y ancha faja de colores naturales.

Sobre la camisa va un jersey de lana que ellos mismos confeccionan y en que abundan los orificios, producto del uso.

Sobre el pecho cubierto por jersey o camisa cruzan en sentido contrario (en forma de X) un lazo, una honda confeccionada de lana trenzada de colores naturales. Al lado de estos elementos pueden adjuntar la “chuspa” o bolsa de coca. Sin embargo, habitualmente se la lleva en el bolsillo del pantalón.

Otra aplicación práctica de la lana de llamo o teñidos que cubren la cabeza protegiéndola del frío. Según sea la intensidad de este último es la forma del gorro utilizado. Las hay que cubren el cuello, la cabeza casi por completo dejando sólo una abertura para los ojos y la nariz (se les denomina pasamontañas), y otros que sólo cubren la cabeza y las orejas. Al mencionado gorro se sobrepone un sombrero de paja. Cuando el frío se intensifica añade al vestuario ya descrito un grueso y compacto poncho de lana de llamo, vicuña o alpaca de color natural o teñido. En ambos casos se confecciona de dos piezas unidas. En el primero, el añadido se hace mediante una firme y casi invisible costura de lana. Si se trabaja con lana

teñida el poncho es una sucesión de franjas de colores intensos y matizados que lo cruzan a lo largo. En este caso, la costura que une las piezas adquiere la forma de un vistoso bordado de diversos colores, los mismos utilizados en las franjas.

En general, tienen gran respeto por sus tejidos. Esto se observa en el hecho de que el tejido sobrante no es cortado sino doblado hacia adentro.

Mención aparte merece la vestimenta festiva del curaca o jefe de la comunidad. Las acostumbradas ojotas son reemplazadas por un par de viejos y destartalados zapatos, las cañas -si es que las usa- ya no van por sobre el pantalón hasta media pierna. Un paletó puesto sobre una camisa común completa su terno. Su cabeza la cubre ahora con un sombrero de fieltro.

Sin embargo, hay elementos autóctonos incorporados a su atuendo que le otorgan el símbolo de su autoridad y poder. Uno de ellos es un fino chal de lana de alpaca o vicuña que cuelga alrededor del cuello cayendo en pliegues hacia adelante hasta aproximadamente la altura de las rodillas. Es notorio el cuidado puesto en su confección lo que se manifiesta en un especial tipo de punto calado que se extiende aproximadamente a partir de los últimos 10 cm., antes de terminar en un borde de flequillos.

A este elemento se añade un bastón con sus extremos de plata y placas -tipo anillos- de igual metal que se adhieren a él de trecho en trecho.

La chuspa, cuelga desde su cuello en torno al cual se encuentra también un largo látigo de cuero que simboliza el poder de castigar a los restantes miembros de la comunidad.

Sólo resta por describir la ropa de cama. Esta, a diferencia de la vestimenta de la mujer, del niño y del hombre, es autoconfeccionada en su totalidad. Consta de colchón, frazadas y almohada.

El colchón, es un saco o cuero de llamo curtido -al que está aún adherida la lana- y que se rellena con las puntas quebradizas de la lana natural. Las frazadas, pueden ser ponchos o "chuses", variando en ellos el tejido y colorido empleado en su confección. Así, el primero se caracteriza por la aspereza al tacto dada por lo muy torcido de su tejido y por tener como detalles decorativos franjas o figuras de animales multicolores ("empavado").

El chuse por su parte es de colores naturales, de tejido menos torcido y por mismo de mayor suavidad que el anterior.

La almohada, es un simple saco relleno con lana.

La carencia de muebles adecuados para guardar la ropa les ha obligado a idear peculiares formas de llevarlos a cabo. Una de ellas es colgándolas en cordeles que se ubican en el ángulo formado por la unión de dos paredes adyacentes de una habitación.

Otra es guardándola en paños con los que se forman paquetes siguiendo el mismo procedimiento empleado con el Quepe.

BIBLIOGRAFÍA

Van Kessel, Juan
s/a Manuscrito: "Diario de Campo. Investigación en la ciudad de Lirima" (5 Tomos).

Cómo citar:

González, Yerny y Ramírez, Luci
1975 "Algunos aspectos culturales del habitante lirimeño: vida doméstica, trabajo de la mujer y situación escolar". En: Cuaderno de Investigación Social, N°1. Universidad del Norte; Antofagasta, Chile. pp. 34-44.